

Y cuando al fin las sombras de los Andes,
 Haciéndose más grandes,
 Se descogieron en ruidosa calma,
 Por la cuesta bajé con paso lento:
 Hondo entretenimiento
 Secretamente me agitaba el alma.

Encanto singular ¡oh Cauca! inunda
 Tu tierra sin segunda:
 Alzan tus fuentes músicas extrañas,
 Ríe de amor el cielo á tus pensiles
 Y te aducrmen gentiles
 En poderoso abrazo las montañas.

FRANCISCO M. RENGIFO
 Catedrático del Colegio

LECTURAS SOBRE EL ARTE DE EDUCAR

VII

CUALIDADES SOCIALES DEL MAESTRO

La posición que el maestro ocupe en la sociedad depende de los talentos y méritos que lo adornen; pero también de la importancia que se atribuya por el público al magisterio. En los países de raza latina, el enseñar, sobre todo las primeras letras á los niños, ha sido mirado como oficio vil y despreciable; y los educadores franceses consideran este concepto, y con razón, como una de las causas de la superioridad innegable de los sajones y germanos sobre las naciones del Mediodía en punto á educación pública.

Mas, tanto como los merecimientos de un hombre, y acaso más, le dan entrada é importancia en la buena sociedad la cultura y correctas maneras de que se halle dotado. La urbanidad verdadera, siempre igual en todo tiempo y lugar, y ante toda clase de personas; tan alejada

de lo grosero, como de lo pedante y afectado, natural, modesta, sencilla, es fruto del respeto y de la caridad. El que estima y venera en sí mismo y en los demás las augustas cualidades de hijo adoptivo de Dios, imagen del Creador, hermano de Cristo, heredero del cielo, no hace ni dice, ni en público ni en privado, cosa alguna con que se desdore ni con que ofenda ó agrade menos á sus prójimos. La fe de que Dios está presente en todas partes nos obliga á vivir con la esmerada corrección de que nadie prescinda cuando comparece ante los monarcas de la tierra. San Francisco de Sales cuando, en la plenitud de la vida, tuvo que ir á la Corte del Rey de Francia, superó en gentileza y porte á todos los que habitualmente rodeaban al soberano. Le preguntaron cómo había logrado aprender, como por intuición, lo que no se adquiere sino en largos años de práctica.

—“Porque hace casi medio siglo, respondió el Santo, que vivo de día y de noche en la presencia del que es Rey de reyes y Señor de señores.”

Además, el maestro tiene obligación de enseñar civilidad perfecta, y ella es arte de imitación. Da lástima ver á un institutor regañando á gritos á los discípulos porque hablaron en voz alta; enfurecido, porque un alumno se encolerizó; insultando al que pronunció una palabra fuerte; faltando á toda urbanidad para enseñarles buenos modales á los niños.

Réstanos estudiar qué estado de vida conviene más á quien haya de seguir la profesión de la enseñanza. Llámense estados los modos habituales y permanentes de vivir, en orden á la felicidad terrena y á la consecución del último fin; y son el celibato, el matrimonio, el sacerdocio y la vida religiosa. Claro está que no afirmo que todos los maestros hayan de abrazar un mismo estado. El seguir uno ú otro depende de la vocación, que es llamamiento divino acompañado de las condiciones y cualidades que se requieren para llenar los deberes respectivos. Sólo preten-



do haceros ver las ventajas é inconvenientes de cada estado con relación al magisterio, para que aprovechéis las primeras y podáis precaveros de los segundos.

El maestro célibe, sin cuidados de familia, puede consagrar todo el tiempo, todos sus cuidados á los discípulos; el casado tiene que dividirse entre el hogar y la escuela. En cambio goza de mayor respeto por parte de sus educandos; de mayor confianza por parte de los padres de familia. Tienen para él menores halagos las diversiones y pasatiempos del mundo; y el cariño que profesa á sus hijos y la indulgencia con que los trata lo hacen amoroso y blando con sus alumnos.

Participa el sacerdote de las ventajas de uno y otro estado. Célibe, por amor á Dios y á las almas, vive libre de preocupaciones domésticas; su excelso carácter lo hace respetar de todo el mundo; la cotidiana oración, la misa diaria le conservan intactas las buenas costumbres y le permiten crecer en virtud; el hábito de compadecer y perdonar al pecador lo inclina á la suavidad y tolerancia. Ejerce doble acción sobre los jóvenes: la del maestro sobre sus discípulos, la del ministro de Dios sobre el cristiano.

Las comunidades religiosas docentes tienen inapreciables condiciones. Educados sus miembros de idéntica manera, proceden y enseñan todos con homogeneidad perfecta; obedientes, por voto, al superior, la acción no se dilata ni se contradice y la unidad llega al ápice de lo perfecto. Tienen, además, sobre la experiencia de cada uno, la de la orden por siglos enteros; y como allí ninguno busca su personal provecho y honra, tienden todos al engrandecimiento y gloria de los institutos que regentan (1).

Algunas de las ventajas de las comunidades religiosas existen en los colegios mayores, como este nuestro del Rosario. Acá, también Rector, superiores, catedráticos so-

(1) Cuando tratemos del método, expondremos los que emplean los Jesuitas y los Hermanos de las Escuelas Cristianas, felizmente establecidos en Colombia.

mos hijos del Claustro, educados en unas mismas aulas; y lo que allá se consigue por la fidelidad á los votos, se logra entre nosotros por el amor al *Alma Mater*, por el respeto á las Constituciones, por el celo que nos anima en favor de nuestro amadísimo Colegio.

R. M. CARRASQUILLA

DIEGO FALLON

Ya en muy diversas ocasiones hemos manifestado públicamente nuestras opiniones respecto al arte ó ciencia de la crítica, y hemos sostenido que si en cualquiera de los ramos de las bellas artes es dado esperar algo así como una *generación espontánea*, y pueden de pronto producirse obras de alguna perfección, bajo una paternidad desconocida, en el campo de la crítica no sucede lo mismo. Terreno sagrado es éste y que no debe ser invadido sino por aquellos que por sus profundos estudios y por sus lentas y constantes labores, hayan sabido conquistar un nombre y una autoridad sustentada sobre muy sólidas bases.

Hé aquí por qué nosotros, al trazar estas líneas, no nos proponemos escribir una crítica acerca de las producciones del inmortal autor de *La Luna*, sino rendir nuestro sencillo pero sincero homenaje de admiración y de cariño al que fue profundo esteta, erudito crítico, distinguido cultivador de tres de las bellas artes, sapientísimo profesor, y, sobre todo, amigo queridísimo nuestro que supo favorecernos con su cariño, sin que para ello fuera obstáculo el encontrarse ya él en la cumbre de la vida, cuando apenas nosotros empezábamos la ascensión dolorosa.

Tocónos conocer y tratar íntimamente al poeta en las aulas del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, donde presidía la cátedra de Estética, y á fe que si en alguna ocasión hubo en nuestros trabajos literarios una nota siquiera que pudiera salvarse del olvido, fruto sería ello,

